

# Yo maté al Che

## Último telegrama

(Fragmento)

Cuando me tocó el orden de eliminar al Che, por decisión del alto mando militar boliviano, el miedo se instaló en mi cuerpo como desarmándome por dentro. Comencé a temblar de punta a punta y sentí ganas de orinarme en los pantalones. A ratos, el miedo era tan grande que no atiné sino a pensar en mi familia, en Dios y en la Virgen.

Sin embargo, debo reconocer que, desde que lo capturamos en la quebrada del Churo y lo trasladamos a La Higuera, le tenía ojeriza y ganas de quitarle la vida. Así al menos tendrían la enorme satisfacción de que por fin, en mi carrera de suboficial, dispararía contra un hombre importante después de haber gastado demasiada pólvora en gallinazos.

El día que entré en el aula donde estaba el Che, sentado sobre un banco, cabizbajo y la melena recortándole la cara, primero me eché unos tragos para recobrar el coraje y luego cumplir con el deber de enfriarle la sangre.

El Che, ni bien escuchó mis pasos acercándome a la puerta, se puso de pie, levantó la cabeza y lanzó una mirada que me hizo tambalear por un instante. Su aspecto era impactante, como la de todo hombre carismático y temible; tenía las ropas raídas y el semblante pálido por las privaciones de la vida en la guerrilla.

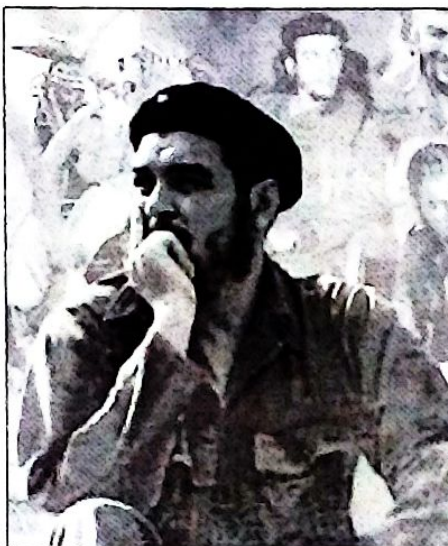
Una vez que lo tenía en el flanco, a escasos metros de mis ojos, suspiré profundo y escupí al suelo, mientras un frío sudor estalló en mi cuerpo. El Che, al verme nervioso, las manos aferradas al fusil M-2 y las piernas en posición de tiro, me habló serenamente y dijo: "Dispara. No temas. Apenas vas a matar a un hombre".

Su voz, enronquecida por el tabaco y el asma, me golpeó en los oídos, al tiempo que sus palabras me provocaron una rara sensación de odio, duda y compasión. No entendía cómo un prisionero, además de esperar con tranquilidad la hora de su muerte, podía calmar los ánimos de su asesino.

Levanté el fusil a la altura del pecho y, acaso sin apuntar el cañón, disparé la primera ráfaga que le destruyó las piernas y lo dobló en dos, sin quejidos, antes de que la segunda ráfaga lo tumbara entre los bancos desvencijados, los labios entreabiertos, como a punto de decirme algo, y los ojos mirándome todavía desde el otro lado de la vida.

Cumplida la orden, y mientras la sangre cundía en la tierra apisonada, salí del aula dejando la puerta abierta a mis espaldas. El estampido de los tiros se apoderó de mi mente y el alcohol corría por mis venas. Mi cuerpo temblaba bajo el uniforme de verde olivo y mi camisa moteada se impregnó de miedo, sudor y pólvora.

Desde entonces han pasado muchos años, pero yo recuerdo el episodio como si fuera ayer. Lo veo al Che con la pinta impresionante, la barba salvaje, la melena ensortijada y los ojos grandes y claros como la inmensidad de su alma.



La ejecución del Che fue la zoncera más grave en mi vida y, como comprenderán, no me siento bien, ni a sol ni a sombra. Soy un vil asesino, un miserable sin perdón, un ser incapaz de gritar con orgullo: "¡Yo maté al Che!". Nadie me lo creería, ni siquiera los amigos, quienes se burlarían de mi falsa valentía, replicándome que el Che no ha muerto, que está más vivo que nunca.

Lo peor es que cada 9 de octubre, apenas despierto de esta horrible pesadilla, mis hijos me recuerdan que el Che de América, a quien creía haberlo matado en la escuelita de La Higuera, es una llama encendida en el corazón de la gente, porque correspondía a esa categoría de hombres cuya muerte les da más vida de la que tenían en vida.

De haber sabido esto, a la luz de la historia y la experiencia, me hubiese negado a disparar contra el Che, así hubiera tenido que pagar el precio de la "traición a la patria" con mi vida. Pero ya es tarde, demasiado tarde...

A veces, de sólo escuchar su nombre, siento que el cielo se me viene encima y el mundo se hunde a mis pies precipitándose en un abismo. Otras veces, como me sucede ahora, no puedo seguir escribiendo; los dedos se me crispan, el corazón me golpea por dentro y los recuerdos me remuerden la conciencia, como gritándome desde el fondo de mí mismo: "¡Asesino!".

Por eso les pido a ustedes terminar este relato, pues cualquiera que sea el final, sabrán que la muerte moral es más dolorosa que la muerte física y que el hombre que de veras murió en La Higuera no fue el Che, sino yo, un simple sargento del ejército boliviano, cuyo único mérito—si acaso puede llamarse mérito—es haber disparado contra la inmortalidad.

Víctor Montoya. Escritor Boliviano.  
Reside en Estocolmo desde 1977.

*Si fuera posible extender el campo hacia el sur  
dejar que las cosechas sigan su marcha  
las semillas tomen forma carnosa  
sin la trampa de carabineros*

*Si fuera permitido edificar un obelisco triangular  
en cuyos vértices  
cuelguen banderas blancas  
bajo una luna que nadie haya comprado  
y sobre tierra que es de todos.*

*Sería, entonces, factible  
serruchar el muro semioculto  
que soporta la agonía de cuerpos  
procesión que no tiene fin  
ni brindis en la esquina.*

*Es el Lucifer deslenguado  
quien reclama  
por los huérfanos del destino  
sin diccionarios que contengan la palabra justicia  
ni monedas en los bolsillos  
puñal en el vientre  
techo de bambú  
y el día que fenece en un tarro de conserva*

*Cómo no llorar  
por los niños palestinos  
que cargan piñatas de plomo  
y mueren con piedras en las manos*

*Cómo no llorar  
al ver los rostros sucios, famélicos  
sumidos en la angustia  
duendecillos harapientos  
que duermen bajo un puente  
formando un puño crispado en el aire*

*Cómo no llorar  
por el trigo que ya no tiene cotización  
por la ley diabólica  
que mata  
que dramatiza  
que deja un cuadro desolador  
de falsas ideas preconcebidas en antaño  
y el gran índice de explotados*

*Allá van aristócratas con dientes de oro  
y maletines ambulantes que más parecen  
laboratorios de recetas en inglés  
personajes darwinistas  
que sonríen con indulgencia  
y aplauden sus hazañas con guantes de seda*

*¿Qué lucha  
si no de Nelson Mandela?  
¿Qué esfinge  
sino del Comandante Guevara?  
¿Qué gritos?  
¿Qué ilusiones?  
vendrán a refundir la mano izquierda  
en este pos modernismo psicodélico.*

Javier Claire C. Escritor boliviano.  
Reside en Suecia.